

munist Party equaled membership in the group and subservience to the Party. Alliances with feminists proved far more productive.

Female suffrage had been debated in Argentina for years even though Bernadino Rivadavia who founded the publicly funded Argentine Sociedad de Beneficencia (Society of Beneficence) had argued that the lack of women's rights caused more problems than wars. Argentine women won suffrage in some provinces and cities, but the issue became a critical political topic after World War II. In the midst of military dictatorships and the advent of the secret ballot and the rise of Peronism, the growth of the adult female population as well as Argentine industry meant that the Junta de la Victoria no longer could rely on sewing to maintain their importance, but rather, on women being able to vote. Yet few women had experience with the organizations of political parties. And thus, according to McGee Deutsch, female suffrage supported by the Peronist Party spelled the end of the influence of this women's group as a beacon of female political participation. Henceforth women needed to be loyal to Juan and Eva, not the Junta de la Victoria or feminism.

And other aspects of life had changed as well. Life had become much more cosmopolitan, and fewer women sewed for their families. Mass rallies became more frequent under Peronism, and department stores offered entertainment like restaurants and fashion shows. The stores also sold more finished clothing, and only needed women to make alterations. Equally, political parties—typically run by men—had little interest in sewing circles. So, knitting went into the history bin. It wasn't just Peronism, but changing patterns of life that sealed the fate of this amazing organization brought back to life by Sandra McGee Deutsch.

**Donna J. Guy**

*Ohio State University and the University of Arizona*

TANYA HARMER Y ALBERTO MARTÍN ÁLVAREZ, eds. *Toward a Global History of Latin America's Revolutionary Left*. University of Florida Press, 2021.

La historia de la Guerra Fría latinoamericana sigue escribiéndose. A contrapelo de los marcos nacionales en que buena parte de estas historias han sido entendidas, las primeras décadas del siglo XXI—en especial los últimos 10 o 15 años—han visto renovaciones metodológicas y conceptuales que, en general, apuntan a una comprensión conectada de fenómenos a nivel continental, y sus vinculaciones con actores, movimientos, ideas y eventos en otros lugares del mundo. Sin embargo, como señalan los co-editores del volumen aquí reseñado, la historia de la izquierda latinoamericana—en particular la “izquierda

revolucionaria”—no ha sido tratada sistemáticamente desde esta perspectiva. Esto constituye una paradoja historiográfica significativa: los sectores políticos y sociales que más fuertemente abogaron por el internacionalismo socialista y que de forma más decidida alimentaron sus imaginarios revolucionarios en relación con procesos políticos de otras latitudes han sido preferentemente estudiados en marcos nacionales. Como apuntan Harmer y Álvarez, hay razones que explican esta situación: la historia global y la historia latinoamericana no han mantenido un diálogo particularmente fluido, dada la tendencia de la primera a reposar sobre esquemas teleológicos o centrarse en las preocupaciones y dilemas de las potencias del primer mundo, y dadas también las dificultades materiales que para muchos investigadores de América Latina implica realizar una investigación transnacional. A ello agregaría un punto más: el impacto de las derrotas de las “izquierdas revolucionarias” entre los años 1970 y 1980 y la necesidad de afirmar su raigambre local y popular ante acusaciones conservadoras y contrarrevolucionarias en relación con su supuesto carácter dependiente y subordinado ante La Habana o Moscú.

En un intento necesario y bien logrado por superar esas estrecheces historiográficas, este volumen aspira a sistematizar agendas de investigación centradas en conexiones e interacciones (colaborativas o conflictivas) entre fuerzas revolucionarias latinoamericanas y actores situados en distintas latitudes, ya sea en las Europas occidental y socialista, en las regiones de África y Asia recientemente descolonizadas, como también al interior de la región, con la Cuba revolucionaria como nodo central a ese respecto. En ese sentido, *Toward a Global History of Latin America's Revolutionary Left* sigue la senda abierta por trabajos ya clásicos como los de Gleijeses (2003), Marchesi (2018) y la propia Harmer (2011) en torno a movimientos o regímenes revolucionarios y sus interconexiones regionales y globales. Tanto esas obras como este volumen apuntan no sólo a demostrar la capacidad de los revolucionarios latinoamericanos de tejer redes, movilizar identidades y captar recursos de actores afines fuera de la región, sino también a dar cuenta del carácter central que esos vínculos tuvieron en las decisiones, conflictos e iniciativas tomadas por esas fuerzas a escala local y regional. En línea con lo mejor de la tradición de la historia global y, dentro de ella, de la así llamada “nueva historia de la Guerra Fría”, este volumen demuestra el carácter mutuamente constitutivo de lo local y lo global, y la multidireccionalidad de esos vínculos, superando aquellas visiones tradicionales que veían a actores locales y periféricos como meros receptores pasivos de la acción histórica centrada en el norte, visto como intrínsecamente “global”.

El arco temporal de los siete estudios reunidos en este volumen—antecedidos de una introducción de los editores y precedidos por un breve epílogo de Van

Gosse—sigue los momentos de mayor proyección global y de radicalización política regional. Ello tuvo referentes y cronologías claras: por una parte, los “largos años 1960” marcados por la emergencia del referente de la Cuba revolucionaria y sus esfuerzos por articular las fuerzas revolucionarias regionales, así como exportar la revolución según el modelo “foquista” y vincularse—no siempre de manera armónica—con el mundo socialista liderado por la Unión Soviética. Por otro lado, un segundo momento crítico surge de la atención global que recibieron los conflictos armados en América Central en los años 1980, con la Revolución Sandinista triunfante en 1979 como portaestandarte.

El protagonismo de la Revolución Cubana, comprensiblemente, recibe mayor atención. El trabajo de Michal Zourek analiza el rol de Checoslovaquia en los esfuerzos cubanos por exportar la revolución hacia América Latina. Dado el aislamiento regional de La Habana, Praga se transformó en virtualmente la única ruta aérea para viajar desde y hacia Cuba de manera (relativamente) secreta. La “operación Manuel”—la coordinación entre Cuba, Checoslovaquia y la Unión Soviética para llevar a revolucionarios latinoamericanos desde Cuba hacia sus países de origen en América Latina—fue el esfuerzo más sistemático y acabado a este respecto. Al contrario de lo que podría suponerse, los cubanos mantuvieron el control de la operación, causando más de algún resquemor en la inteligencia checoslovaca ante lo que veían eran errores y faltas a la disciplina necesaria para mantener activa la operación.

El texto de Blanca Mar León nos lleva a otro plano: el de la diplomacia revolucionaria cubana, y su integración relativamente exitosa en las redes del Tercer Mundo. Para ello, y haciendo un excelente uso de las limitadas fuentes cubanas al respecto, analiza los esfuerzos de la cancillería cubana por organizar la conferencia Tricontinental, un evento conocido pero no estudiado en profundidad. León analiza la integración cubana en las redes afro-asiáticas, los roces con la diplomacia soviética y con los partidos comunistas pro-soviéticos en América Latina para demostrar un punto importante: Cuba se transformó en un mediador de primer orden del tercermundismo hacia América Latina, mientras redefinía sus significados en clave revolucionaria y antiimperialista. Más aún, la superación de los múltiples obstáculos para lograr ese objetivo, además de constituir evidencia que la Tricontinental no fue un acontecimiento esperable o necesario, dan cuenta de la conciencia cubana en torno a la necesidad de proyectar globalmente la revolución como medio de defenderse y legitimarse.

Los trabajos de James G. Hershberg y Gerardo Leibner tienen como foco al Partido Comunista Brasileño y otras fuerzas revolucionarias de ese país en su intento por afirmar su legitimidad interna a partir de reconocimientos transnacionales. Leídos en conjunto, dan cuenta de la movilidad, redes y capacidad internacional del líder histórico del comunismo brasileño, Luis Carlos Prestes,

pero también de dirigentes de las facciones maoístas (PCdoB) y de las Ligas Camponesas de Francisco Julião, entre otros. Todos ellos se movieron entre Moscú, La Habana, Beijing y Roma para conseguir apoyo o reconocimiento y criticar a sus rivales en la izquierda, en tiempos del conflicto sino-soviético, de la proyección continental del foquismo y del inicio del ciclo contrarrevolucionario inaugurado por el golpe en Brasil en 1964. Esos viajes, discusiones y tensiones dejan ver algunos puntos interesantes: del texto de Hershberg se desprende la difícil posición de La Habana a mediados de los años 1960, marcada por su dependencia económica de la Unión Soviética y sus intentos por exportar la revolución a América Latina en oposición a las líneas estratégicas soviéticas hacia la región. Ese espacio fue aprovechado por Prestes y los comunismos pro-soviéticos latinoamericanos para presionar a La Habana con el fin de que detuviese su apoyo a grupos guerrilleros que, desde esa lectura, dañaban las causas populares locales. La dirigencia cubana cedería hacia finales de la década, condicionada por la difícil situación económica, la derrota del foquismo y del propio Che Guevara en Bolivia y el ascenso de la Unidad Popular en Chile. Por otro lado, del muy buen trabajo de Leibner se deduce algo que ya advertían los co-editores en la introducción del volumen, a saber, el carácter permeable y ambiguo de las fronteras entre la nueva y la vieja izquierda. Leibner demuestra esto al estudiar el apoyo que el Partido Comunista italiano le dio a facciones izquierdistas inclinadas a la lucha armada en Brasil después del golpe de 1964, motivados por lazos afectivos y el recuerdo de la lucha partisana antifascista. El fortalecimiento de la izquierda armada en Italia llevaría al PCI a retroceder en esta línea y reafirmar su línea de apoyo clásica a los comunismos ortodoxos latinoamericanos.

La proyección global de las izquierdas revolucionarias latinoamericanas también tuvo un correlato editorial, como lo demuestra el texto de Eduardo Rey Tristán sobre los editores de la nueva izquierda europea en Italia, Francia, Suiza y Alemania Federal. Los casos paradigmáticos de Feltrinelli o Maspero dan cuenta de la relevancia de estos mediadores editoriales en la difusión del nuevo credo revolucionario proveniente de Cuba. El texto de Rey Tristán, sin embargo, se centra más en las trayectorias individuales de estos editores radicalizados y mucho menos en las formas concretas en que esas ideas circularon, se transformaron en el camino, y alimentaron las ensoñaciones revolucionarias de los jóvenes europeos de la época. Si bien es un buen inicio para una pesquisa mayor, podrían haberse abordado preguntas más en línea con la motivación central del volumen: ¿cómo se tejieron esas redes editoriales europeas desde América Latina, considerando la relevancia de espacios culturales y editoriales como Casa de las Américas o, fuera de Cuba, Siglo XXI? ¿Cuáles fueron las adaptaciones locales que los editores europeos hicieron de la ola revolucionaria

latinoamericana? Además de la ortodoxia guevarista, ¿cómo impactó la circulación de otros tipos de nuevos conocimientos revolucionarios, como aquel surgido de las ciencias sociales y que redundó por aquellos mismos años en la Teoría de la Dependencia? ¿Cuáles fueron las técnicas editoriales en edición, portada, diagramación, distribución, etc., que hicieron posible una circulación fluida de ese material en Europa? ¿Cómo dialogaron esas publicaciones con aquellas provenientes de la Europa socialista?

Los dos últimos artículos, de Arturo Taracena Arriola y de José Manuel Ágreda respectivamente, tratan del momento de proyección global de las experiencias centroamericanas de los años 1980. El texto de Taracena, a medio camino entre análisis histórico y testimonio, da cuenta de la relevancia que tuvieron las prácticas de diplomacia informal desplegadas en Europa por las izquierdas revolucionarias guatemaltecas. Si bien, como reconoce Taracena, la condición de posibilidad de la continuidad e impacto de esa labor internacional estuvo dada por la resistencia de la izquierda revolucionaria al interior de Guatemala, el creciente costo político de la violencia desplegada por el Estado y los militares, que limitaba su éxito interno, fue posible gracias al arduo trabajo de construcción de redes de apoyo en Europa. Por su parte, Ágreda analiza la solidaridad de las izquierdas españolas—desde los grupos radicales extraparlamentarios hasta los partidos históricos como el PCE y el PSOE—con la Nicaragua Sandinista. Su estudio se centra en una organización en particular, el Comité Ambrosio Mogorrón, que tuvo la particularidad de funcionar *in situ*, en Nicaragua. A partir del análisis de sus actividades y dificultades, Ágreda da cuenta de un par de cosas relativamente esperables, pero que siempre son necesarias de evidenciar empíricamente: el impacto que las divisiones en las izquierdas europeas (española, en este caso) tuvo en las prácticas de solidaridad con experiencias revolucionarias tercermundistas como la nicaragüense, y los intentos del régimen sandinista por organizar esa ayuda y evitar quedarse empantanados en querellas de otras latitudes.

La lectura en conjunto de estos siete trabajos comprueba la tesis central de los editores: la necesidad de estudiar a las izquierdas latinoamericanas desde una perspectiva global. Es un esfuerzo válido y necesario que requiere de más investigaciones en esta línea. Con todo, creo que este campo historiográfico se enriquecería aún más si se tienen en consideración algunas precauciones. Por una parte, el rótulo de “izquierda revolucionaria” para denotar aquellos grupos radicalizados en la estela de la Revolución Cubana y de los conflictos centroamericanos a lo largo y ancho de América Latina resulta algo equívoco. No sólo las izquierdas socialistas—incluyendo a los partidos comunistas ortodoxos—adhirieron al horizonte revolucionario que atravesó el siglo XX en la región y el mundo, sino que también compartieron otros rasgos asociados a las

nuevas izquierdas, como el anticapitalismo, el antiimperialismo, y la vocación tercermundista y anticolonial. Como señalan los co-editores y como demuestra el artículo de Leibner, los préstamos, vínculos y convergencias entre esos distintos tipos de izquierdas fueron mucho más significativos de lo que la propia autorrepresentación de las izquierdas radicales estuvo dispuesta a reconocer. Lo propiamente distintivo de esas “nuevas izquierdas”, más que su carácter “revolucionario”, en ese sentido, fue su adhesión a la vía armada, anclada en una concepción fuertemente optimista de las posibilidades de la acción de vanguardias conscientes a la vez que escépticas del trabajo político de masas y la integración institucional en los espacios disponibles para ello. Esa izquierda armada alcanzó su apogeo en los años 1960 gracias al impulso, poder simbólico y guía de La Habana, y logró un *revival* en las luchas políticas y militares de América Central en los años 1980, coincidentes con un recrudecimiento de la Guerra Fría a escala global. Su derrota marcaría el declive de la imaginación revolucionaria latinoamericana y de la capacidad de ésta de proyectarse hacia otras latitudes.

Por otro lado, si bien estos estudios dan cuenta de la movilidad y agencia de las izquierdas armadas latinoamericanas, los enfoques y las fuentes utilizadas se centran en las élites de esos partidos y movimientos, individuos generalmente de sectores medios y educados que podían navegar las aguas internacionales en Praga, El Cairo, Beijing o Moscú. Para muchos, como para la nueva cancillería revolucionaria cubana, ello implicó un proceso de aprendizaje acelerado. Aun así, el énfasis está puesto en quienes podían viajar alrededor del mundo y comunicarse con otras élites políticas afines. Esta es, por cierto, una dimensión necesaria, pero creo que incompleta. En esa línea, faltaría por integrar al estudio global de las izquierdas latinoamericanas a quienes militaron en o simpatizaron con ella a escala local, quienes también se alimentaron de una suerte de imaginación revolucionaria a través de textos de prensa, discusiones y movilizaciones en torno a causas internacionales. En ello, el considerable volumen de producción historiográfica latinoamericana tiene más de una cosa que decir.

En suma, se trata de un volumen bien diseñado y con trabajos importantes, destacando con luces propias los textos de Zourek, León y Leibner, además de la muy pertinente introducción de los editores. La amplitud de las fuentes utilizadas—provenientes de fondos en Praga, Roma, Beijing, La Habana, Madrid y Washington, entre muchos otros lugares—da cuenta de la necesidad de abordar la historia de las izquierdas latinoamericanas—armadas y no armadas—desde una perspectiva global, incorporando críticamente tanto las herramientas de la historia global como la larga tradición de estudios locales y nacionales sobre las izquierdas en la región.